

El despliegue vertical del volumen en diferentes niveles parece proseguir el de la colina sobre el que reposa, construyendo una especie de pequeña acrópolis de la cultura en un área carente de símbolos urbanos.

El diseño hace referencia a la iconografía de la choza, de la casa, del lugar protegido y traza plantas hexagonales, ampliando la posibilidad de distribuir las aulas, los laboratorios y los espacios comunes en torno al perímetro. Son hexágonos de distinto tamaño que se entrecruzan, compartiendo los espacios para jóvenes de distintas edades. Los dos pisos de las aulas dan a un patio cubierto con cúpulas de madera que filtran el aire y la luz, permitiendo el crecimiento de los árboles.

La obra gira en torno a la dicotomía entre lo concreto y lo impalpable, entre los volúmenes y los vacíos. Desde lejos la estructura de las cúpulas de reja de madera resulta maciza y bastante perceptible, mientras que de cerca se vuelve impalpable, ligera, e incluso invisible en algunos tramos para dar paso a la visión del cielo y el edificio más allá. Se repite en la relación entre la estructura del inmueble, con forjados y paredes de cemento a la vista, y las superficies perimetrales de celosías de madera, cuya red tupida desmaterializa su impacto visual.

El colegio es una barrera ambiental que procurará detener la expansión de la ciudad sobre el ecosistema. Cuenta con un área de 11,200 m² construidos en un lote de montaña, único espacio libre de invasiones y que en sus inicios constituyó un área total de 34,000 m² con importantes inclinaciones y gran presencia de vegetación nativa. Posee 55 espacios distribuidos en primera infancia, primaria, secundaria, aulas especializadas, comedor biblioteca, zonas deportivas y centro comunitario.

1 y 2. La entrada dirige a una amplia terraza que se extiende hacia el panorama de Lomas del Peyé, ofreciendo un mirador a los estudiantes y transeúntes.

Planta genral

